



HERMANO SEBASTIÁN GRANDMONTAGNE SANTAMARÍA

Ezcaray (08-02-1933) – Irún (07-11-2020)

“Se parece el reino de los cielos a diez doncellas que tomaron sus lámparas y salieron a esperar al esposo... las sensatas se llevaron alcuasas de aceite con las lámparas... llegó el esposo... y entraron con él al banquete de bodas... velad, porque no sabéis el día ni la hora.»
(Mateo 25, 1-13)

Cuando se tambalean seguridades y crece el desconcierto, cuando se presentan la muerte, el sufrimiento o el temor y no se sabe cómo reaccionar, cuando se presenta la crisis, la Sabiduría bíblica nos recuerda que es el momento de abrir caminos, dialogar con las circunstancias históricas, mantener la esperanza y la resistencia, partiendo de que Dios siempre está presente en nuestras vidas, en los acontecimientos de ayer y de hoy, también en la muerte... y en él hay que encontrar la luz para caminar juntos hacia adelante.

Es la *“Sabiduría radiante”* de la que, sin duda alguna, encontramos rastro en la vida de nuestro Hermano Sebastián: saber conjugar el corazón y la cabeza, a prender de las experiencias que vamos acumulando, pero sin perder la capacidad de asombrarse, hacerse conscientes de las propias posibilidades, pero también reconocer humildemente los límites; pasión por la verdad y tolerancia; interés por los otros, por lo que ocurre alrededor; estar dispuestos a poner en cuestión y cuestionar nuestras creencias; compaginar la oración con la acción, y la fe con la vida; saber permanecer a solas, pero sin renunciar a las relaciones profundas con los demás, con los otros...

Esta sabiduría tiene mucho que ver con la parábola de aquellas las jóvenes que se quedan sin aceite (las llama *“necias”*, es decir, que no tienen sabiduría), como aquellos que construyen su casa sobre arena y no sobre la Roca de la Palabra. Sebas, como todos recibió una lámpara llena de aceite (símbolo de la consagración y envío, de la presencia del Espíritu en nuestras vidas). Nuestro Hermano acogió y cuidó este aceite, esta Sabiduría, y lo compartió en cada encuentro, en cada actividad, en cada oscuridad, en cada tristeza... iluminando con su lámpara el camino de muchos, como buen escuchador, acompañante, animador y formador. No dejó que se apagase su lámpara, que mantuvo encendida hasta llegar a la Luz sin sombras.

Esa lámpara que se prendió en Ezcaray en 1933, con el amor de Isidro e Isabel, sus padres; alumno del Colegio de Legazpia (aquí se trasladó su familia), ingresó en el Noviciado Menor de Irún a sus trece años de edad, y allí mismo realizaría toda su formación inicial (también Noviciado, Escolasticado y Magisterio de la Iglesia) emitiendo también allí sus primeros votos, a los diecisiete años, y su consagración perpetua, en 1958.

Además de su formación religiosa, obtuvo el Magisterio del Estado y la Licenciatura en Letras (Historia). Lector infatigable de literatura psicológica, religiosa y espiritual, cuidó con esmero siempre su formación permanente, para su propio provecho y para mejorar la ayuda a los

jóvenes, a los Hermanos de su comunidad y a los miembros de tantos grupos y comunidades como acompañó.

Sus dos primeras comunidades (Baracaldo, entre 1953 y 1960, y el Colegio La Salle de San Sebastián, entre 1960 y 1963) le dieron entrada en el mundo escolar, obteniendo competencias educativas significativas junto a personas experimentadas (Directores). En Donostia experimentó lo que es ser “prefecto” de los pequeños. Los años de Zaragoza (1963 a 1967, en el Colegio Mayor y en el Escolasticado Universitario) le permitieron ahondar su formación humana y la obtención de la titulación civil.

A partir de entonces se le encomendó ejercer la función de Director: en Beasain (1967-71), con gran creatividad, animador de los alumnos más mayores con iniciativas modernas y atrevidas entonces, como la puesta en marcha del club juvenil; en el Aspirantado de Irún (1971-76), cercano y motivador con los aspirantes, con equipos de Hermanos muy creativos, desarrollando entre otras actividades apreciadas los campamentos de verano en Ezcaray).

Tras una interrupción de un curso para realizar el CEL en Madrid, se trasladó a San Sebastián, en cuyas comunidades fue animador largos años. Primero como Director del Prenoviado (1977-80), fórmula que impulsó con el objetivo de ayudar a madurar mejor el itinerario vocacional de los Aspirantes para que llegasen al Noviciado con opciones más asentadas; después como director o subdirector en las comunidades de Igeltegi (1980-86) y Hariztigane/Igeltegi (1986-2015). De todas sus tareas apostólicas guardaba Sebas un recuerdo vivo y cordial, lo que nos dice que ellas se entregó con toda generosidad e ilusión, igual que a la promoción activo de la vida comunitaria.

Se incorporaría en 2015 a la comunidad de la Sagrada Familia de Irún, donde ha vivido estos casi seis últimos años, en ambiente fraterno y cuidado con cariño por quienes le rodeaban hasta su repentino fallecimiento, tras una temporada de horas bajas y haber pasado repetidas veces por el Hospital Comarcal de Irun.

Si en sólo dos palabras quisiéramos resumir la trayectoria vital del H. Sebas serían estas: “sencillamente maestro”. Maestro siguiendo el modelo que le trazó nuestro fundador Juan de la Salle. Y es que nuestro H. Sebas amó su profesión, disfrutó con ella, sintió su vocación de Hermano- educador con la nobleza de un buen profesional. No dejó de ejercer su magisterio hasta el final de sus días. Jubilado ya en Irún seguía acompañando a sus grupos de adultos con sus charlas entrañables, con su palabra vehemente y convincente, con sus escritos-resumen para llevar a la vida, con sus llamadas telefónicas acompañando los avatares de muchas vidas. Todo lo utilizó para seguir siendo el “maestro sabio” indagador de la vida y lleno de anécdotas aleccionadoras.

Como buen lasaliano siempre llevó la lección bien preparada. Sus grupos le obligaron a seguir enriqueciéndose toda la vida: con sus lecturas y, a la vez vivir actualizado, pues siempre entendió que la rutina y los papeles amarillos no hablan bien de un maestro. Su fidelidad al Señor se hacía patente en su lectura espiritual cuidada, en la esmerada preparación de la oración, en su pensamientos al hilo de la liturgia del día que preparaba con un esmero increíble.

Si algo llamaba la atención de esa sabiduría que derramaba con su verbo cálido y sus finos consejos era ese ejercicio constante de tratar de llevar las ideas a la vida. En sus escritos (y los que entregaba a sus grupos) podremos encontrar un sinfín de decálogos resumiendo lo que debíamos

llevar a la práctica tras la palabras escuchada: decálogo de la felicidad, decálogo de calidad de vida, decálogo de la libertad, etc. etc.

Al despedir a nuestro Hermano Sebas, el hombre vital, la persona llena de sabiduría, el amigo entregado y atento... esta frase de sus escritos puede ser un testamento vital para quienes le quisimos y compartimos nuestra vocación junto a él:

*“¿Cuál es nuestro mayor tesoro? ¿qué debería ocupar en centro de nuestra atención?
¿El trabajo, la casa, el coche, el dinero, los viajes...? ¡No! LA VIDA.
Pero una vida llena de calidad que te haga vivir para los demás seguro, sereno, tranquilo...
Porque la vida es una aventura enorme y apasionante:*

*AMIGO BUSCA LA SABIDURIA...QUE LA VIDA ES BREVE!
HAZ DE TU VIDA UN GRAN DESAFIO Y UN ETERNO APRENDIZAJE
AGRADECE A DIOS LA OPORTUNIDAD DE EXISTIR Y CAMINAR.”*

Así lo hacemos ahora y, a la vez que agradecemos a Dios, te agradecemos a ti, Sebas, todo lo que nos enseñaste, lo que con tu quehacer nos regalaste y los ejemplos que encontramos en tu existencia de Hermano de la Salle, maestro y educador.

Sebas, la luz de la lámpara que supiste mantener encendida hasta el final se ha fundido ya con la Luz Eterna en la fiesta del banquete del Reino. ¡Disfrútala! Y que Dios nos mantenga también a nosotros siempre vigilantes y sabios.

Nacer de nuevo

Nací una vez,
a la luz, a la vida,
al ruido, a los olores,
al calor y al frío,
a los abrazos,
al hambre,
a los sabores,
a la saciedad,
al gusto,
a la música,
a la ternura,
a los encuentros.

Después,
pequeñas muertes
fueron matando sueños,
anhelos, inocencia
y pasión.

Si tú tiras de mí,
naceré de nuevo,
al reino y al evangelio,
al amor y la esperanza,
a la voz de los profetas,
a una misión.

Cada vez que muera,
volveré a nacer.
La verdad
se irá curtiendo
en mil duelos.

El espíritu
irá renovando
mi yo gastado.
El agua viva
lavará
cada herida vieja.

Hasta esa muerte final,
que será antesala
de un último nacimiento,
a la Luz, a la Vida,
y al Amor.
Y esta vez ya para siempre.

José María R. Olaizola

